

MANUEL BARTOLOMÉ COSSÍO EXPLICA A ROUSSEAU

Manuel Bartolomé Cossío teach Rousseau

Eugenio OTERO URTAZA
Universidade de Santiago de Compostela

Fecha de aceptación de originales: febrero de 2006
Bibliid. [0212-0267 (2005) 24; 485-501]

RESUMEN: Este documento recoge las explicaciones de Cossío sobre Rousseau en 1911.

PALABRAS CLAVE: Cossío, Rousseau.

ABSTRACT: This document says the Cossío's lecture about Rousseau.

KEY WORDS: Cossío, Rousseau.

Unas clases de Cossío recuperadas

EL DOCUMENTO QUE ANALIZAMOS, y se transcribe a continuación de este estudio, es una versión muy fiel de las primeras clases que Cossío impartió sobre Juan Jacobo Rousseau en la cátedra de Pedagogía Superior del doctorado de Filosofía y Letras de la Universidad de Madrid, en los cursos 1911-12 y 1912-13. Es una reconstrucción realizada por un alumno que ni siquiera aparece matriculado, José Mingarro San Martín, que preparó y pulió sus notas hasta el punto que pensaba publicarlas en *La Lectura*. El que no lo hiciera y que Cossío conservara el original fue posiblemente por su consejo, pues debió ver una redacción poco cuidadosa, así como una prosa demasiado ampulosa y redundante, construida sobre su propio discurso oral. No obstante, estos apuntes reflejan muy bien ese discurso oral, con períodos a veces largos pero bien señalados, que sugieren las inflexiones de voz y los silencios, que sin duda efectuaba para realizar digresiones que Mingarro introduce en ocasiones por medio de extensas notas.

Este texto no agota ni mucho menos aquellas clases. Entre la documentación conservada en la Real Academia de la Historia hay un grupo de fichas de indudable uso docente que indican que ha tratado más ampliamente al autor, deteniéndose en las ideas del *Emilio*, y con una lectura previa de la interpretación que Thomas Davidson hizo del pensamiento roussoniano. Lo que pone de relieve el documento de Mingarro es la importancia que Cossío concedía al relato de *Las Confesiones*, a la juventud díscola del gran pensador ginebrino como preludeo y explicación de su obra posterior, a las críticas e interpretaciones que se habían publicado hasta aquel momento. Utiliza la biografía de Gustave Lanson y los estudios de Girardin, pero también el libro menos conocido del filósofo danés Harold Høffding, así como la obra de Hornung que recoge las ideas de François D'Ivernois. Parece conocer muy bien el libro de Eugène Ritter *La famille et la jeunesse de J. Jacques Rousseau*, que publicó la editorial Hachette en 1896, que a su vez había publicado ya las obras completas del autor del *Emilio* entre 1858 y 1864. Conviene también destacar la crítica que realiza al libro de Jules Lemaitre, *Jean Jacques Rousseau*, publicado en París en 1907 por la editorial Calmann-Lévy. Es también interesante que recuerde que Rousseau conocía las ideas de Jacques Ozanam (1640-1717), autor de las *Récréations mathématiques et physiques*, libro que apareció en 1694, marcando un nuevo estilo en la difusión del saber científico, especialmente matemático, en los siglos XVIII y XIX, en que empezó a hablarse de «ciencia recreativa». Se alude también en el texto a la formación literaria de Rousseau, pero la nota indica que Cossío no hace sino seguir el relato de Ritter. Sin embargo, en lo que se refiere a su formación musical, que era sólida, los datos que aporta Mingarro, y en el fondo Cossío, son más bien escasos.

Estos apuntes muestran cierta preferencia por destacar dos de las preocupaciones de Rousseau que también compartía Cossío: las inquietudes religiosas y las excursiones en la naturaleza, que, junto a las dudas morales que suscitan las decisiones de juventud, componen lo más interesante de las reflexiones del manuscrito. En realidad, Cossío no hace en estas clases mucho más que glosar las dos primeras partes de las *Confesiones*. Explica los orígenes de la familia de Rousseau, y comenta a través de algunos autores ideas que posiblemente matiza Mingarro en las notas. Revela también lo que opinaba sobre los amores de Rousseau con Luisa de Warens, la mentora y amante del joven ginebrino, una relación que él mismo sintió como incestuosa. No la aprueba, como podría esperarse, pero no por el prurito del deseo, sino porque a la diferencia de edad y la destrucción de una relación que antes había sido bella e inocente, ahora se añadía la humillación de compartir los favores de la dama con un criado.

El original está escrito en 62 hojas numeradas, en sentido apaisado. Se ha optado por corregir la ortografía del texto lo menos posible. Se ha revisado la puntuación y enmendado aquellos errores ortográficos que facilitan la lectura, tanto en los textos castellanos como franceses, pero sin afán de efectuar una actualización exhaustiva de todos los términos. Como el texto en sí está ya profusamente anotado, los comentarios explicativos que hacemos al texto se llaman con asteriscos, y los comentarios explicativos añadidos a las notas van entre corchetes, a continuación de los textos que se comentan.

José Mingarro San Martín

El autor de estos apuntes, José Mingarro San Martín¹, era alumno de doctorado en la Facultad de Derecho cuando decidió asistir a las clases de Cossío. Natural de Burriana (Castellón), en donde había nacido el 31 de marzo de 1888, realizó el bachillerato en Castellón, examinándose del título el 30 de septiembre de 1904. Después se trasladó a Barcelona, en cuya universidad aparece como estudiante de Derecho entre 1904 y 1910, tal vez conviviendo con sus abuelos maternos, Antonio Sanmartín y Antonia Roig. Al mismo tiempo que estudiaba Derecho en Barcelona se matriculó como alumno de enseñanza no oficial en la Facultad de Filosofía y Letras de Madrid, en la que estuvo matriculado en los cursos 1904-05 y 1905-06², momento en que Cossío inicia sus clases de la cátedra de Pedagogía Superior. Sorprende el tiempo que tardó en terminar su licenciatura, ya que, aunque obtuvo las mejores calificaciones en Instituciones de Derecho Romano, Economía Política, Historia general del Derecho Español y Derecho político español comparado con el extranjero, se le atragantaron el Derecho Civil, que aprobó en el curso 1908-09, y Práctica Forense, en el curso 1909-10³. Después de terminar su licenciatura en Derecho en Barcelona, se trasladó definitivamente a Madrid, para doctorarse, y lo más posible es que Giner, o alguno de sus discípulos, se refiriera en ocasiones a las lecciones que impartía Cossío en la cátedra de Pedagogía Superior y que asistiese a sus clases por primera vez en 1912, tomando el suficiente interés como para recoger minuciosamente el discurso oral del profesor y preparar una publicación para conmemorar el segundo centenario del nacimiento de Rousseau.

A partir de 1919 concurriría a varias oposiciones de plazas de catedrático, en las que presentó algunos trabajos que sirven para comprender qué recogió de su paso por la clase de Pedagogía Superior. En el primero de ellos —*Concepto y significación metódica del Derecho político*—, incluyó un apéndice que titula «Síntesis sobre el método y procedimiento pedagógico de enseñanza del Derecho político», en el que defiende la vocación como primer estímulo para la función docente: «Sin ella la enseñanza pierde su estímulo más vivo, la comunicabilidad del espíritu, que la imprime ejemplaridad y difusión, valor emulativo, entusiasmo e interés, sin el cual la acción de la enseñanza es puramente mecánico y a la postre negativo; una enseñanza sin vocación es una enseñanza vacía». A continuación sorprende con una reflexión pedagógica que podría suscribir el propio Cossío:

Toda la pedagogía moderna procede de Rousseau y el mérito de éste se cifra precisamente en haber sustituido a la enseñanza mecánica, la de *Telémaco*, la enseñanza orgánica, viva, la del *Emilio*. El educando es desde entonces tratado como un ser,

¹ En los documentos aparece su segundo apellido unido, aunque luego lo separaría en sus publicaciones americanas.

² Archivo Histórico Nacional. Universidades 6682, Exp. 13. En concreto se examinó de las siguientes asignaturas. Curso 1904-05: Lengua y Literatura (Sobresaliente); Lógica (Sobresaliente con opción); Historia de España (Sobresaliente con opción). Curso 1905-06: Literatura Latina (Notable); Teoría de la Literatura y de las artes (Sobresaliente); Historia universal (Aprobado). Los exámenes los realiza en la convocatoria de septiembre.

³ Archivo Central (CIDE) de Alcalá de Henares. Caja 31/16236. Expediente de licenciado de José Mingarro Sanmartín.

como una persona a quien hay que atraer al conocimiento estimulando su propio interés, o, aun mejor, identificándose con él. La compulsión pedagógica no engendra estímulos y lo que se obtenga con ella tendrá siempre valor precario.

En la página siguiente hace una afirmación que debió resultar muy polémica a algunos miembros de los distintos tribunales que le examinaron:

Así como en el conocimiento —v. mi ensayo, *La soberanía en Rousseau, cap. 1*— no puede darse, por imposibilidad lógica, la aplicación pura de un solo método, del propio modo en la enseñanza, si se pretende hacerla plenamente eficaz, puede recomendarse en su exclusividad la aplicación del método deductivo, del inductivo o de investigación, ni siquiera una mera composición de ambos. Uno y otro, y no en su pureza que sería imposible, tienen su aplicación en la finalidad que circunstancialmente se persiga: el deductivo, en la explicación dogmática, el inductivo en el manejo de fuentes, en la compulsión de textos y, más propiamente, en la obra de investigación. Todas estas actividades son del dominio de la cátedra.

Más, aparte de estas consideraciones, puros esbozos de tendencias al parecer definitivamente arraigadas en nuestra enseñanza, hay otro elemento no por incoercible menos decisivo en el ejercicio de la enseñanza; es, aparte el puro fervor y el ardor devoto por la cátedra, a la que se aludió más arriba, lo que constituye el criterio indefectible de toda actividad práctica: la experiencia.

¿Y cómo se va a hablar con palabras que reflejen un contenido positivo, personal o cuando menos real, plenamente real, sin la experiencia de un largo y concienzudo profesionalismo? Esto no se puede improvisar ciertamente, mas en cambio nos queda la experiencia acumulada de nuestros profesores, de los Giner, Dorado, Posada, por no citar sino los más significantes, de los que han hecho un sacerdocio de la enseñanza, y cuyo ejemplo la prudencia, no menos que la adhesión a resultados de una fructuosidad ya contrastada, nos fuerzan a seguir ya que fuera temerario decir que completar.

Lo que más le vincula a estas lecciones de Cossío es su trabajo de investigación: «La soberanía política en Rousseau. Ensayo sobre el problema genético de la soberanía», fechado en 1925, año en el que parece actuar como auxiliar de la Facultad de Derecho. En la página 75 puede leerse: «La preocupación fundamental de Rousseau, lo hemos dicho ya, es la vida en sus manifestaciones más dispares, profusas y contradictorias de que se refleja sus obras. Su método aparece, primero, como un arco tendido para aprisionar el sentido íntimo de la vida que se evade y escapa; sus obras por tanto producen en general una primera impresión anticientífica, de lirismo». En todo el estudio, cita y compara mucho la obra de Rousseau, especialmente las *Confesiones*, con ideas de Stammler, y en este mismo capítulo afirma:

Pero lo característico aquí es la transportación al dominio de los problemas sociales de la efectividad exaltada, a vivir y morir sin traspasar los límites de la sensibilidad objetiva.

Mas ¿cómo esa transportación se realiza? Por la especial inquietud de su espíritu busca Rousseau en la vida lo incomplejo, lo inmediato a ella, como materia más apta y propicia a la derivación de los principios que habían de centrar su propia vida y aleccionarla (1) *Confesiones* libr. III.

Pero lo inmediato en Rousseau es contradicho por su temperamento: actúa sobre imágenes pretéritas (2) *Confesiones* libr. II. y de este modo los datos confusos de la experiencia, inciertos por propia naturaleza, se aclaran en el recuerdo «a posteriori» de la sensación y se hacen aptos para el sistema.

El conjunto de trabajos se completa con un «Estudio sobre la doctrina jurídica de Stammler», fechado en 1920. Además, en 1925, año en que se presentaba a las cátedras de Derecho político español y comparado de Murcia y La Laguna, decía que había traducido y entregado a la Librería de Victoriano Suárez «las obras siguientes del Dr. Rodolfo Stammler, intituladas así: Teorías modernas sobre el Derecho y el Estado. Teoría del Anarquismo. La Fábula de las abejas de Mandeville y Poder y Derecho», y a la editorial Reus la traducción de la *Introducción a la filosofía del presente* de Riehl, para ser publicada en la Biblioteca Filosófica de Autores españoles y extranjeros, que dirigía Alonso Bonilla.

Al estallar la Guerra Civil, permaneció fiel a la República refugiándose en Francia al final de la contienda. Internado en un campo de concentración, consiguió posteriormente salir con su familia hacia la República Dominicana, para pasar a Cuba donde residió hasta 1942, siendo profesor de la Escuela de Verano de la Universidad de La Habana en ese curso. A partir de 1942 vivió en México y fue nombrado profesor de la UNAM⁴. Allí publicó algunos estudios sobre Derecho y, junto con Tomás Muñoz Molina, tradujo la obra de Friedrich Meinecke, *El historicismo y su génesis*, que descubre una posible estancia suya en la Universidad de Estrasburgo en el período anterior a la guerra⁵. De estos primeros años que vive en Cuba ha dejado algunos estudios que muestran un sedimento institucionista que todavía pervive en su ánimo intelectual. El más evidente es «Tres generaciones de maestros españoles: Sanz del Río, Giner de los Ríos y Ortega y Gasset», una conferencia publicada en *Universidad Habana*, en la que trata a Giner como el Maestro por excelencia, el profesor que tenía «una fe más profunda en la enseñanza»; pero en realidad a quien considera como su maestro más próximo es a Ortega, a quien atribuía «una actitud liberatoria, resuelta y decidida a cooperar con los problemas del pensamiento universal»⁶. Mingarro representa así a una generación que había dado el salto del magisterio de Giner hacia el de Ortega, con la idea, de la que el propio Giner era consciente, de que su pensamiento continuaba la labor de reforma que el krausismo había empezado en España. Entre ambos, Cossío era una llave que abrió a Mingarro a un modo de pensar en libertad jocunda más que a una doctrina, porque como decía otro discípulo de Ortega, José Gaos, Cossío, más que defender posiciones, sugería posibilidades, preferencias.

DOCUMENTO: De un curso sobre la educación de Rousseau

El señor Cossío da, en una de sus clases de Pedagogía, un curso sobre el criterio educativo de Rousseau. Este curso comenzó en 1912 y, acaso, no sea temerario afirmar —aunque un juicio sobre las intenciones y más sobre las intenciones ajenas

⁴ GARCÍA, M.: *Exiliados. La emigración cultural valenciana (siglos XVI-XX)*, vol. III, *Diccionario biográfico del exilio cultural valenciano (1939-1975)*, Valencia, Generalitat Valenciana, 1994, pp. 275-277.

⁵ MEINECKE, F.: *El historicismo y su génesis*, México, FCE, 1943. La primera edición alemana de esta obra es de 1936. Mingarro tradujo la primera parte: «Los precursores y la historiografía de la Ilustración», mientras que Tomás Muñoz tradujo la segunda, «El nuevo historicismo alemán». El libro tiene la siguiente dedicatoria: «A la memoria de la universidad de Estrasburgo de la pre-guerra».

⁶ MINGARRO SAN MARTÍN, J.: «Tres generaciones de maestros españoles: Julián Sanz del Río, Francisco Giner de los Ríos y José Ortega y Gasset», *Universidad Habana*, 12 (1941), p. 225.

repugne a toda naturaleza un poco delicada— que la personalidad de Rousseau que en él preequivaliese [sic], con su obra, se ha ido agrandando como indefectiblemente tenía que acontecer en el curso de estas conferencias y que el plan primeramente formado ha sufrido una ampliación por la necesidad de abarcar con un criterio comprensivo todas las modalidades, del mismo modo características en la obra del pensador ginebrino. Porque si en escritor alguno puede estudiarse una parte de su doctrina sin el conocimiento previo del organismo de que es parte, en Rousseau es de un modo autómático [sic] imposible, sin una interpretación exacta, no sólo de su pensamiento sino de su sentimiento. Esto no hace más que dar una importancia mayor a las lecciones del Sr. Cossío. El Sr. Cossío, a una clara lucidez de pensamiento, vigorosamente dialéctico, reúne otra cualidad que difícilmente suele darse junta en un mismo individuo, y es un sentimiento pródigamente revelado en sus interpretaciones de arte —que no solo comprende las emotividades ajenas, sino que las acompaña con cierto sentido como apiadado y compartido cuando son, como en este caso, en su gran totalidad, bellas. Estas notas que siguen —creo de mi deber decirlo— no son, porque no lo podrían ser, una copia exacta de las lecciones del Sr. Cossío, pero yo las he tomado y las he reproducido con el deseo de recrearme, lo más fielmente posible, a ellas. Algo he tenido necesidad de poner por mi cuenta porque una es la palabra hablada y otra y distinta la escrita y no conozco manera, aunque fuera taquígrafo, de recoger el impulso emocional y aún expresivo de una disertación para que se comunique al lector el mismo influjo compartido de la palabra viva. De todos modos y a falta de una revista de Cursos y Conferencias creo que podrán suscitar éstas, en los lectores de *La Lectura*, el mismo interés que nos alcanza a todos los que asistimos a ellas.

I. La obra de Rousseau aparece tan evidentemente subjetiva o sintomática que no necesita de nuevo encarecimiento. Él mismo dice en el Diálogo tercero de *Rousseau juge de Jean Jacques*: «Era necesario que un hombre se pintase a sí mismo para mostrarnos de este modo al hombre primitivo y si el autor no hubiera sido tan original como sus obras jamás hubiese podido escribirlas»⁷. Por esto su vida ha debido simultanearse o preceder siempre a toda inteligencia sistemática de su obra⁸.

⁷ El nexo psicológico que une sus obras con la predisposición específica de su temperamento están expresados de modo tan fervoroso como explícito en el primer *Diálogo*.

⁸ Lo primero es lo que hacemos desde luego aquí, pero solo ocasionalmente para poder entresacar después para ser examinados con una cierta independencia los problemas que se dan en Rousseau en unidad lógica. Véase sobre el criterio de esta unidad negada en distinto sentido por Lemaitre y Faguet, Lanson.- *Histoire de la Littérature française*, pp. 769-775. [Gustave Lanson (1857-1934) publicó esta obra en 1894, en la editorial Hachette].

Además, lo que incidentalmente habrá aquí de expresarse de su vida, sólo para la mejor inteligencia de su obra, ha de ser referida de un modo especial a la historia de sus sentimientos, no en lo que estos alcancen de circunstancial y anecdótico, sino de sustancial y específico. Girardin expresa a este propósito: «El encanto de las confidencias que Rousseau nos ha hecho de su juventud no toca a los acontecimientos de su vida, refiérese a las emociones de su alma y las emociones tienen un indisputable valor sobre los acontecimientos. Cuando Rousseau nos habla de sus aventuras es para mejor deleitarnos con sus emociones y es este su gran mérito de escritor». Saint Marc Girardin.- *J. Jacques Rousseau. Sa vie et ses ouvrages*. (Revue Deux Mondes. Enero 1852). [Saint-Marc Girardin (1801-1873), publicó el *Étude sur Jean Jacques Rousseau en 1870, por lo que cobra un cierto interés que Cossío recurra a un trabajo anterior y más breve*].

II. Rousseau nace en *Genève* en 28 de junio de 1712; muere en Ermenonville el 2 de julio de 1778. Dentro del natural convencionalismo al pretender oponer una separación al dinamismo fluente de una vida, una división de los momentos culminantes de ella se hace posible no sólo para facilitar de un modo comprensivo su estudio, sino porque Rousseau mismo las señale con una cierta independencia, nacida de la idea real de que unas hubieran podido bien darse sin las otras. Son estos⁹: período de su juventud, hasta 1741; *segundo*, de 1741 a 1762: en ellos elabora sus tres grandes obras: *La Nouvelle Héloïse*, *Le Contrat social* y *L'Emile*; tercero, años de 1762 a 1778.

Dentro de cada una de estas épocas caben aún los subgrupos: a) de su infancia, hasta los dieciséis años; b) hasta su viaje a París. La segunda época no admite de un modo tan definido una subdivisión porque aparece incierto si se ha de tomar como base de ella la fecha de 1755 a los catorce años de su estancia en París que se retira a l'Hermitage y elabora sus tres grandes libros, o la fecha de 1750 que los autores siguiendo a Rousseau señalan como *l'éveill* por el que toda su vida parece predestinada a cumplirse de un modo irreparable.

La tercera época aparece con una subdivisión menos oscilante. Son a) los años del 62 al 70 en los que fermenta y culmina su manía persecutoria, en los que escribe los exasperados diálogos *Rousseau juge de Jean Jacques*; y b) los años que discurren entre el 70 y el 78, momentos de tregua y apaciguamiento calmados, en los que nacen esas divagaciones inmortales, ese verdadero canto del cisne que son sus *Rêveries du Promeneur solitaire*.

III. Rousseau no nos habla de su familia¹⁰ sino en muy someros pasajes de sus *Confesiones*. La familia de Rousseau es protestante; expátriase de París en el siglo XVI, huyendo de la intolerancia católica y preservándose de esta manera de la *Saint Barthólemy*. A partir del nacimiento de Rousseau, desde el establecimiento de su familia en Ginebra, cuéntanse cinco generaciones. Didier Rousseau, su tatarabuelo, abandona Francia para poder seguir fiel a su fe protestante en los primeros años del reinado de Enrique II y es recibido como *habitante* de Ginebra en el año 1549 e incorporado a la *burguesía*¹¹ en 1555, con un gran número de refugiados franceses, por Calvino.

Ginebra, asilo de la nueva fe protestante, era en el siglo XVI el mismo lugar de apacible encanto que hoy sorprende al viajero, cuya ciudad aportada en las márgenes

⁹ Harald Höffding. *Jean Jacques Rousseau et sa philosophie*, trad. Coussange, III.

¹⁰ En verdad ¿sintió Rousseau el amor a la familia? Rousseau abandona su hogar y su padre no intenta seriamente reintegrarle a él. Después nos dice, *Confesiones*, libr. II, que por causa de su derecho a una parte de la herencia materna, creyó ver en su padre, aunque con un sincero afecto hacia él, un cierto enfriamiento de la cordialidad propia de un padre; en algunas ocasiones de su vida el apoyo pecuniario que solicita de él no le fue tampoco dispensado. Pero aparte de esto, (y cuando se trata de juzgar a Rousseau, motivos nuevos nos son necesarios, que no podremos encontrar fácilmente en los dados corrientes de moral al uso), este hombre que, sin prejuzgar ahora de los motivos psicológicos que a ello le indujeron, se abandona temerariamente, desde el primer momento a los impulsos de su propio arbitrio, no pudo atender *jamás*, acaso sinceramente, sino el profundo murmullo de vida que debatía en él con toda su contradicción, oportunamente, con motivo de su supuesto afecto paternal hacia los hijos abandonados. Volveremos sobre esta misma hipótesis.

¹¹ Los habitantes de Ginebra estaban divididos, en lo que respecta a sus derechos, en cinco clases específicamente diferentes: *ciudadanos*, *burgueses*, *habitantes*, *nativos* y *súbditos*. Solo las dos primeras clases intervenían en la legislación y el Gobierno, pero solo la primera alcanzaba el derecho de poder ser elevada a la primera magistratura.

de su hermoso lago azul, penetraba la mirada de los expatriados de una confiada hospitalidad. Pero la risueña belleza de sus contornos ofrecía un áspero contraste con la vida urbana de sus habitantes de una rudeza ufanada, esclavos, en su pobreza, de la dura necesidad del trabajo, rechazando, en una agudizada exaltación de la fe protestante, todos los motivos de recreación sociales que pudieran contaminar a sus moradores en la altiva seguridad de sus creencias haciendo ostentación de ellas como de un privilegio incomparable. Calvino había hecho de Ginebra la Roma del protestantismo y organizado aquella pequeña democracia en el respeto sumiso a la ley que invadía todo conteniendo, con sus conductas, su fe. Los refugiados franceses no pudieron poner en aquella ciudad de sudor, trabajadores y creyentes, el sentido amable de la sociedad francesa de Francisco I y Enrique II y, acababan, con paciente violencia, por adaptarse a la imposición de las nuevas costumbres. Ginebra adoptó desde un primer momento como una necesidad la forma democrática, pero su Gobierno, esencialmente, era muy aristocrático, manteniendo como principio inquebrantable el respeto a la autoridad y a la religión compartida. Los Magistrados íntegros y celosos de la autoridad que se les había deferido procuraban mostrar a sus gobernados el ejemplo de una conducta aleccionadora. El pueblo, bajo el poder absorbente de la ley, creíase un pueblo soberano en un estado libre, satisfecho de sus derechos y de la facultad de poder elegir y renovar anualmente por sufragio a sus Magistrados. La amabilidad, la gracia, la elegancia, estaban ausentes de aquella pequeña sociedad; los espectáculos, el teatro, el baile, la música, proscritos y tolerados sólo a los extranjeros. Hasta la hipocresía parecía no poder sustraerse a la mirada inquisidora de los Magistrados. Su doble papel de hospitalaria y guardadora de la nueva fe, hacía reconocerse en sus hijos, como el pueblo de una nueva predilección del Dios liberador y de aquí el recrudescimiento renovado de su sentimiento religioso, el deseo de conservarlo puro en la rivalidad con las demás creencias, la justificación de su oligarquía y el autocratismo de su gobierno¹².

En el momento en que nace Rousseau, Ginebra conserva aun los caracteres específicos que le imprimen los continuadores de la reforma. En aquella sociedad adusta, disciplinada y gerontocrática, ha sufrido Rousseau la primera inmersión sobre su temperamento absorbido en la preocupación de inquietudes precoces; cuando, más tarde, la razón puede alumbrar en el hervor sofocado de sus deseos, el claro diseño de sus devociones más inconfesadas, Ginebra le ofrece el ejemplo de una conducción práctica de la vida y el Contrato Social tiene en Ginebra la más importante e inmediata suscitación.

¹² En Ginebra, la Iglesia no vive en lucha con el Estado sino en sus comienzos; pronto se incorpora a él, y de aquí resulta una forma nueva de ciudad, con un ideal austero, aceptado finalmente por todos. En Ginebra es donde resalta más vivamente la antítesis entre el Renacimiento, exterior y brillante, y el protestantismo, interior y austero. Sin embargo, el calvinismo (y sobre todo el calvinismo de Rousseau, si cabe expresar así su criterio religioso no demasiado distante de él) no es por principio iliberal más que en apariencia, pues si somete, con una subordinación absoluta la individualidad humana a Dios, no es sino para mejor sustraerle a la autoridad del sacerdote, V. J. Hornung.— *Les idées politiques de Rousseau*, en *J. Jacques Rousseau jugé par les genevois d'aujourd'hui*. Véase también D'Ivernois.— *Tableau hist. et polit. des révolutions de Genève dans le XVIII^e siècle, 1782*, citado por Hornung. [El 8 de abril de 1782, estalló la revuelta de los habitantes, nativos y súbditos, contra el poder excluyente de las clases sociales que detentaban el poder (ciudadanos y burgueses). François D'Ivernois (1757-1842) participó activamente en esta rebelión y tuvo que exiliarse, publicando de manera anónima en 1784 el citado libro].

La familia de Rousseau es, por parte de la madre, sentimental, tierna, afectiva, de un gusto decidido por la música; su padre, por modo contrario, es violento, sensual, impetuoso, lo que en una palabra expresan los franceses como un *homme de plaisir*¹³. (Acaso ya aquí, de este acoplamiento contradictorio, hácese posible un sentimiento del mismo modo contradictorio: el de Juan Jacobo). El padre, tras de nacer su primer hijo, marcha a Constantinopla por causas que se ignoran. Höffding* expresa que violentado acaso por necesidades económicas. Al año de su regreso (su ausencia dura seis años), nace su segundo hijo: Juan Jacobo. Su madre muere a los ocho días del alumbramiento. Una hermana¹⁴ de su padre, mujer excelente, de quien Rousseau nos dice haber compartido el gusto por la música que no le abandonó jamás, le es confiado el cuidado del niño. Rousseau no recuerda como aprendió a leer; para ejercitarle en la lectura su padre le da a leer novelas sentimentales, pero el gusto por la lectura se hace tan absorbente para el padre y para el hijo que noches enteras las pasan en esta ocupación. «*Nous ne pouvions jamais quitter qu'à la fin du volume. Quel que fois mon père, a entendant le matin les hirondelles, disait tout hauteurs. Allons nous coucher; je suis plus enfant que toi*». *Confessions*, libr. I. Con las novelas sentimentales, Rousseau lee y relea, con una devoción cada vez más interesada, «Los héroes» de Plutarco. Rousseau siente suscitársele con esta iniciación un mundo de gestas nuevas de las que él va a ser el ejecutor indudable. Su padre tiene que abandonarle a consecuencia de un duelo y le es confiado su cuidado a su tío Bernardo (cuyo carácter en nada se diferencia

¹³ Además de violento, de irascible, tumultuoso y apasionado, Isaac Rousseau no puede comportarse bien con ninguna de las situaciones de su vida. En ella menudean los altercados, las reyertas, las colisiones y por causas no siempre justificadas. Joven aun, abandona su oficio de relojero —que en aquel tiempo, en Ginebra era un oficio lucrativo— y abre con otros dos asociados una academia de baile. Su carácter aventurero le induce a continuar viajes que le hacían decir a su hijo: Tú crecerás y verás mundo, pero tú no verás nunca tanto como yo he visto. Al año de su casamiento abandona su mujer, de la que es amado devotamente y se marcha a Constantinopla (y siempre podemos pensar, como hipótesis más probable que arrastrado por su carácter desasosegado y aventurero). Todos estos rasgos son otras tantas revelaciones que podemos comprender, en una frase que los condensa todos, como los de un hombre inquieto. Un tal hombre de una personalidad difícil de definir, reconócese a primera vista en que él es la primera víctima de su carácter; es constantemente un *déclassé*, un hombre que encuadra mal en todas las situaciones en que vive y cuya tendencia fundamental es no poder sustraerse al profundo hervor de vida que late en ellas con toda su contradicción. ¿No es esta, en definitiva, la característica cardinal de su hijo Juan Jacobo?

M. Dufour Vernes, citado por Eugène Ritter, en *La famille et la jeunesse de J. Jacques Rousseau*, cap. IX, p. 196, pronuncia sobre Isaac Rousseau este juicio: «Es imposible no reconocer en este padre tan indiferente y egoísta, de conducta tan cambiante, tan poco amigo del trabajo, en este hombre que invierte sus noches leyendo novelas con su pequeño hijo; que le abandona seguidamente a los enemigos de la fe de sus padres y no le da ninguna muestra de interés, en este ser desdichado, carga para sí mismo y para los demás; que ha comenzado mal la vida y que acaba mal; es imposible no reconocer en él al primer autor de la larga serie de desdichas que fueron el infortunado patrimonio de Juan Jacobo» [Ritter publicó su obra sobre Rousseau en 1896, en la editorial Hachette].

* Harald Höffding (1843-1931), filósofo y teólogo danés, autor de *Rousseau und seine Philosophie* publicado en 1896.

¹⁴ He aquí un retrato de Susana Rousseau, hermana menor de su padre y que es uno de tantos modelos de lo que se ha llamado *impresionismo* del que tantos ejemplos ofrecen las *Confesiones*. «J'étais toujours avec ma tante —Confessions, libr. I— à la voir broder, à l'entendre chanter, assis ou debout à côté d'elle, et j'étais content. Son enjouement, sa douceur, sa figure agréable m'ait laissé de si fortes impressions que je vais encore son air, son regard, son attitude; je me souviens de ses petits propos caressants; je dirai comment elle était vêtue et coiffée, sans oublier les deux crochets que ses cheveux noirs faisaient sur ses tempes, selon la mode de ce temps-là».

del de su padre), pero cuya mujer austera y devota decide ponerle en pensión con un cura, Mr. Lambercier, en Bossey, para que le enseñe con el latín todos los pequeños rudimentos que se conocen con el nombre de educación. Rousseau hace coincidir con esta época el despertamiento de su sentimiento por la naturaleza, el odio a la injusticia por consecuencia de un castigo inmerecido y la revelación de su temperamento, de una inquietud lasciva, que no sabían aplacar las más plenas satisfacciones. Pasa dos o tres años en Ginebra, con su tío Bernardo; de tiempo en tiempo va a ver a su padre a Nyon; es este también el tiempo en que está enamorado de la señorita Vulson y flirtea con la señorita Gothon. Tratan luego de enseñarle un oficio, el de tenedor de libros primero, el de grabador después. Rousseau no hace, sin embargo, más que leer y leer, sustrayendo todo el tiempo posible a esa ocupación.

IV. Rousseau tiene dieciséis años. Para calmar su ansiedad inquieta, de deseos vagos y su amor creciente de libertad y de independencia, hace todos los domingos, en compañía de sus camaradas, largas excursiones por el campo. El encanto de estas excursiones hácenle olvidar a menudo la hora de regreso y cuando quieren penetrar en la villa, sorpréndelos el encontrar que las puertas han sido cerradas. El consistorio castiga con una represión pública a todos aquellos que no han podido demorar en la ciudad por haber regresado tarde. Muchas veces Juan Jacobo ha sido reprendido por esta causa severamente. Cuando un domingo de la primavera del año 1728, por la misma causa no puede retirarse a su casa, Rousseau tírase al suelo, muerde la tierra de despecho, llora e incrépase, bajo la pena de una desesperación insostenible. Pero todo esto obra solo de un momento. Luego, y bajo el mismo influjo exaltado sin duda (y esta exasperación violenta de sus transportes sentimentales por los motivos de vida no demasiado graves, y esta transición momentáneamente apaciguada y rebasada, que en nada se parece a la resignación conformada del cristiano, porque a un impulso sentimental, subsigue y se suscita otro igualmente exaltado, es uno de los rasgos más valientes de su carácter), prende en él una nueva decisión, vuelve las espaldas a Ginebra, despídese de sus amigos y parte con el ánimo decidido de no volver a ella.

Es este uno de los momentos más interesantes de la vida de Rousseau. ¿Qué motivos indujéronle a una decisión a todas luces tan extraordinaria? Los más llenos de inquietud, de esperanza exaltada, los más llenos de sentimentalidad, de fervor y de inconsciencia, pero no solo estos, sin duda. «Yo tenía ya dieciséis años —escribe en sus Confesiones libr. I— y vivía inquieto y descontento de todo y de mí, sin gusto por mi estado, sin el contentamiento propio a mi edad, devorado por deseos cuyo objeto no presentía, llorando sin razón ni causa, suspirando sin saber por qué, acariciando, en fin, mis quimeras, *falto de encontrar a mi alrededor nada que me las compensase*». Y esta postergación de sus deseos contrariados por la vulgaridad de su vida, el abandono afectivo de su familia, la consideración de su humilde estado, la subordinación y la dependencia, son motivos que habrían, acaso siempre, impulsado a Rousseau, a alejarse de su medio. Fuera de él, en cambio, todo un mundo de esperanzas lisonjeras abríase confiado con la suscitación de sus sueños exaltados por la lectura, por su personalidad precoz y rebosante, por la necesidad de independencia y de ser él solo el arbitrio de sus actos. «Yo entraba lleno de confianza en el vasto espacio del mundo, mis méritos iban a llenarlo todo; yo iba a encontrar a cada paso festines, tesoros, aventuras, amigos dispuestos a servirme, mujeres celosas por agradarme; con solo mostrarme iba a llenar con mi

yo todo el universo»...¹⁵ Confesiones, libr. II. Y en verdad, encuentra todo esto, pero no como su egoísmo se lo reflejaba: un mundo de sentimientos nuevos suscitados por el derrumbamiento de todas estas ilusiones.

En su huida, el joven vagabundo traspasa las fronteras de Saboya. Entre otros es recibido en hospitalidad por el cura católico de Confignon. Un deseo bastante explicable en éste, en aquellos tiempos de efervescencia religiosa, hace que le pregunte a Rousseau: ¿No querías hacerte católico? El cura le había obsequiado espléndidamente, su obsequiosidad no podía corresponderse por parte de un niño con una rehusación [sic] indignada; mitad por inconsciencia, mitad por desamparo absoluto, tenemos que creer que Rousseau con toda su precocidad no opuso a esta idea las reservas mentales que se complace en detallar (Confesiones, libr. II). El cura le dirige a casa de M^{de}. de Warens* que había abjurado el protestantismo y héchose catequista.

M^{de}. de Warens era de la Suiza francesa, casó muy joven en un casamiento desgraciado. Su espíritu, que hay que creer de una sincera piedad, y Rousseau por su parte nos lo confirma, le lleva a un ardor devoto de conducta con desprecio de toda convención, aun de las que nos aparecen más respetables; es además una mujer sentimental, aventurera, cuya vida se pierde en una serie de humillaciones lamentables y alquimista. Con su sentimiento pietista¹⁶, uníase en ella una gran devoción por Bayle, el iniciador del escepticismo francés del siglo XVIII; es en resumen una mujer de espíritu complejo y contradictorio; sin la fuerza de las grandes pasiones, suficientemente dotada para suscitarlas y obrar como si las tuviese y con todo, ser ella la primera víctima de sus deseos desatentados. Fue un domingo de Ramos del año 1728, cuando Rousseau hubo por primera vez la presencia¹⁷ de

¹⁵ El impulso genesiaco, propulsor, fundamental, que arrastra Rousseau en su vida es el hedonismo más perfecto como no menos de acontecer a quien trae a la vida fuertes deseos que realizar; la fuerza de los deseos más personales, menos universales que no se les puede incriminar de impureza porque son inintencionados (Confesiones, libros. I y II).- Pero esta confusión [¿?] desaparece, amortiguados los deseos genesiacos de vida, de unipersonalidad y de egocentrismo; con el desengaño de las cosas que parecen más completas y suficientes; con el sentimiento de solidaridad, con los motivos nuevos de reconocimiento, de amistad, de familia, de humanidad, y entonces se va iniciando y reconociéndose como una necesidad imprevista el principio del *deber*. Por esto no solo la reforma moral se cumple en Rousseau demasiado tarde, sino que, su prosecución se condiciona a su utilidad sensible, y cuando todas las satisfacciones de juventud por incompletas, son descartadas, el mismo criterio es el que equipara la *virtus* al reposamiento apaciguado que produce la felicidad.

* *Françoise-Louise de Warens (1699-1762). La relación de Rousseau con esta mujer extraordinaria es muy conocida. No obstante conviene recordar que en la décima excursión de las Meditaciones del paseante solitario podemos encontrar un elogio a su figura.*

¹⁶ Movimiento religioso que nace en Alemania a fines del siglo XVII (Spener es el más celebre de sus promotores) dirigido en un sentido de revisión crítica contra la Alemania protestante, propagándose a Suiza, en Zurich y Berna principalmente. Combate el credo absolutista del formulismo protestante con un criterio renovador de la fe interna, de la bondad y de la piedad, con un igual respeto por todas las comuniones religiosas, y en alguno de sus propagadores por una decidida tendencia hacia la religión católica, por la tradición venerable de su doctrina. V. Ritter, ob. Cit. Cap. XIII.

¹⁷ «Je vois un visage pétri de grâces, de beaux yeux, bleus pleins de douceur, un teint éblouissant. Le contour d'une gorge enchanteresse... Elle avait de ces beautés qui se conservent, parce qu'elles son plus dans la physionomie que dans les traits; aussi la sienne était-elle encore dans tout son premier éclat (M^{de}. de Warens tenía entonces 28 años). Elle avait un air caressant et tendre, un regard très doux, un sourire angélique, un bouche à la meure de la mienne, des cheveux cendrés d'une beauté peu commune, et auxquels elle donnait un tour négligé qui la rendait très piquante. Elle était petite de stature, court même, et ramassée un peu dans sa taille, quoique sans difformité; mais il était impossible de voir une plus belle tête, un plus beaux sein, de plus belles mains et de plus beaux bras». *Confessions, libr. I.*

esta mujer inquietante y este momento es señalado en sus *Rêveries* (x) como el decisivo de su vida. Y en sus *Confesiones* (*libr. II*), el mismo sentimiento agradecido y aun más que agradecido exaltado y de veneración por esta mujer que supo acogerle en su infortunio y poner en sus inquietudes un afecto fraternal y protector le hacen exclamar: Que ne puis je entourer d'un balustre d'or cette heu-reuse place! Que n'y puis-je attirer les hommages de tout la terre! Quiconque aime à honores les monuments du salut des hommes s'en devrait approcher qu'à genevois.

Tras de hacer días de permanencia con Mdme. de Warens, Rousseau marcha a Turín para convertirse. A pie hace el viaje y así cruza los Alpes y sin exageración puede decirse que este viaje señala un modo nuevo en la historia del sentimiento de la naturaleza. Si los paisajes no son más que el reflejo suscitado por nuestras emotividades en su contemplación, el modo como Rousseau habría de traducirlos no podían estar exentos de una viva originalidad. Pocas veces se ha afrontado la vida con una pasión tan desbordante y, al mismo tiempo, tan confiada; pocas veces ha visto el mundo la fuerza de los deseos más vehementes y al mismo tiempo tan vagorosos, tan deleznable. El joven vagabundo no traía de espontáneo a la vida más que la esperanza de sus ensueños, siempre renovados por su imaginación, la emotividad de todos los sentimientos que le embargaban posesamente, y, sin embargo, sin protestar, como un privilegio no buscado e incomparable. Sus mismas inquietudes le ofrecían ahora un motivo de apaciguamiento con la memoria siempre presente de Mdme. de Warens y su juventud, su despreocupación abandonada podía confiarse sin reservas al encanto de la Naturaleza. Hay en las almas como la suya un embargamiento sentimental que no repara sino en la abierta inmensidad de la Naturaleza; pero en Rousseau había, además, el motivo de una suscitación que no podía encontrar más que en ella. Su goce deambulatorio que arraiga en él en esta época, no es más que la revelación de una necesidad de su temperamento que no puede encontrar su satisfacción más que «en el eterno deseo que no encuentra nunca reposo» y que aparece continuamente renovada y abierta, con el viaje, como una curiosidad aplacada y, a la vez, infinita. En las *Confesiones* (*libr. II*) llama a esto la *felicidad ambulante*, que tiene en su insatisfacción su más puro reposamiento [sic]; este puro sentimiento del viaje por el viaje, con el prurito por la vida bohemia, parece [¿sic?] al romanticismo como dos notas esenciales. Rousseau siente una verdadera fruición al hablar de sus viajes de juventud, sin otro bagaje que el de sus sentimientos siempre renovados y su despreocupado optimismo. De este modo puede contemplarse profundamente la naturaleza; ser uno mismo el yo [escribe «llo»] vivo de todas sus palpitaciones de vida. Posteriormente cuenta, *Confesiones II*, me hice el apóstol de los viajes *ad pedibus*, comuniqué mis entusiasmos a mis amigos de París y con Grimm* y Diderot proyectamos un viaje a Italia, pero después todo quedó reducido a intentar hacer una relación por escrito, en la cual, nada le aparecía más divertido a Grimm, que el encontrar la ocasión de hacerle decir a Diderot grandes impiedades atribuyéndome las a mí luego, con el inocente propósito de que me metiesen en la cárcel.

El paisaje que siente Rousseau es el paisaje de los lagos y el de las colinas; el paisaje suave, umbroso, de leves ondulaciones, riente y delicado, femenino por

* *Frédéric-Melchior Grimm, 1723-1807.*

expresarlo en un concepto moderno. No es el paisaje abrupto, de altas montañas y grave imponente que tiene por inventores a Töpfer y a Saussure*.

La estancia de Rousseau en Turín marca la degradación máxima de su vida. Tras de ser recibido solemnemente como miembro de la Iglesia católica, después de abjurar el protestantismo, Rousseau es lanzado a la calle con veinte francos en el bolsillo. Lo primero que hace en Turín es ir a ver el relevo de la guardia del rey; con la propia intuición del niño, acaso no le abandonan las preocupaciones necesarias en la gravedad de su estado, pero acaso también, un cierto sentimiento inconsciente de su personalidad, decíanle ya del derecho del hombre a ser plenamente hombre, horro de la preocupación de atenciones extrañas. Muy pronto se ve obligado a ser dependiente en una casa de comercio, criado, lacayo; todas sus pasiones, las más humillantes, las más oprobiosas, florecen en este ambiente de dependencia y de servidumbre. En alguna parte de sus obras Rousseau ha dicho «todo hombre aún el más perfecto, el más puro, conserva algún secreto de vergüenza o de vicio»; en este medio sobre su juventud todavía inocente, pero ya alumbrada por su imaginación precoz, recibió, en las situaciones más deplorables, la suscitación de todas las iniciaciones. «Ninguna virtud florece entre la dependencia y la tiranía», «el esclavo no podrá desposeerse jamás de su alma de esclavo», ha dicho en otras, y una gran parte de su doctrina, toda su aspiración tenazmente renovada a la moralidad; la virtud impositivamente negativa de su criterio educativo; su sistema de la falta y de la liberación que es el motivo concreto de la Nueva Eloisa y el esbozo de continuación del Emilio; todas sus inquietudes de humillación y de vicio, la confusión perdurable de sus instintos indomeñados y la inevitabilidad de su ánimo constantemente evadido, y recobrado sólo fugazmente, tienen en esta época de envilecimiento material y moral, su precedente más inmediato e importante. Entre aquellas dos opuestas clases de hombre que, de un modo extremo, pueden presentarse, cuya fortaleza moral asegura a unos el perfecto arbitrio de sus actos y, a los otros, su propia debilidad, el estar sometidos a una tutela prudente y avizorada, la de Rousseau, no puede ser colocada más que en esta última. Él era el menos dispuesto para abandonarse con una confianza ciega a la discreción de un destino malaventurado y bajo la custodia de una autoridad afectuosa y experimentada, su personalidad hubiera adoptado un carácter bien distinto. Nosotros, con exclusión de todo sentimiento, legítimo por otra parte, de solidaridad, de afección humana, no podemos deplorar de modo extremado que las cosas hayan ocurrido del modo más perjudicial para él; así, podemos encontrar, no sólo en sus obras, sino en su vida, el ejemplo de la más copiosa experiencia; Rousseau será siempre por esto —aunque la frase por lo manida esté pasada de moda— el más grande documento humano. Por eso no podemos leer sin una pena profunda y sincera esas críticas acerbas, de hombres que merecen toda nuestra consideración

* *Rodolphe Töpffer (1799-1846), está considerado por sus caricaturas como el precursor del cómic contemporáneo. Además ha escrito varios libros de viajes y rutas por Los Alpes, que él mismo ilustraba. En 1843, publicó Du paysage alpestre, un canto a la montaña suiza escrito con gran pasión. Horace-Bénédict de Saussure (1740-1799), estudió con gran precisión los glaciares alpinos. En 1786 ofreció un premio en metálico a quien lograra alcanzar la cumbre del Mont Blanc. El premio lo ganó Jacques Balmat, quien realizó la ascensión el 8 de agosto de este mismo año en compañía del médico Gabriel Paccard. El mismo Saussure ascendería a la cumbre en 1787. Su obra más conocida es Voyage dans les Alpes, publicada en 1776.*

sin duda, pero de una irreductible injusticia cuando tratan de escarnecer, con la ocasionalidad de su vida, la persona y aun la obra de este hombre desdichado y no ejemplar, pero a quien le cupo el triste destino de vivir angustiosamente todas las inquietudes propiamente humanas para servir de un perdurable aleccionamiento¹⁸.

En Turín, donde cometió aquel extraño robo, que tuvo la osadía de inculpar a una sirvienta compañera suya, es donde tuvo también la buena fortuna de encontrar a un eclesiástico, el abate Gaime, figura venerable que le sirvió un tiempo de maestro, interesándose por su porvenir y cuyo buen recuerdo en la memoria de Rousseau, le deparó el ser uno de los modelos del *Vicaire Savoyard**. Rousseau, sin embargo, no oye, a precio de un sometimiento real, una esperanza alejada, aunque segura, y su inquietud, con el deseo de volver a ver a M^{de}. de Warens, le hacen regresar a Annecy. M^{de}. de Warens, sinceramente interesada por la suerte del desventurado muchacho extrañamente confiado a ella, trata en su buen celo de encontrarle un empleo, un medio de vivir. Varios son interrogados a este objeto y uno de ellos, el más explícito, dice a M^{de}. de Warens que no podrá servir a casa mejor que cura de aldea. Rousseau trata de explicar esta baja idea sobre su persona, que no por desventajosa era menos compartida, y la atribuye a la especial aptitud de sus facultades intelectuales que retardaban el súbito discernimiento de las cosas, hasta que la inmersión suscitada por ellas en su sensibilidad se remansaban con alguna tregua; la idea, de este modo, lejos de emerger de su fuente natural, la sensación, le era suscitada por el *recuerdo* de ella, de un modo indirecto, y de tal suerte, sus palabras y sus actitudes, en todos los momentos de su vida en que estaba personalmente interesado, imponíanle de una decisión balbuciente, dándole el más perfecto estado de necedad y de abulia resignada. Pero ¿era esto solo fundamentalmente? Cuando Rousseau hace su aparición en los salones de París, su natural cortedad hija del esquivamiento de su vida, no le impidió en muchas ocasiones, encontrar ante un público más refinado, la expresión oportuna a su pensamiento y producir en todos la revelación de un espíritu singular y

¹⁸ Un libro sobre Rousseau, el de Lemaitre, que ha alcanzado su fama, es un ejemplo reciente de esta tendencia lamentable. Dos cosas sobre todo, demasiado importantes van confundidas en este libro: la persona y la obra. Y si no obedeciera más que a un propósito didáctico, la costumbre y la necesidad de estudiarlos conjuntamente, en toda su reciprocidad evidente, nada se podría decir. Pero cuando se trata de escarnecer una vida, para desprestigiar la obra y, de quebrantar ésta por el ejemplo de aquella, es juego demasiado plebeyo para que la brillantez de un estilo de una claridad admirable nos sirva de recompensa. Un estudio de Rousseau no puede ser exclusivamente de impresionismo ni de literatura, tal como esta se suele entender (y rebajar), aunque el impresionismo y la literatura tengan su parte en la obra rusoniana [sic]. Por el clasicismo y por su emotividad la obra de Rousseau es la de un literato, pero más aún que la de un literato es la de un interrogador de la vida y no solo la de un cantor de ella. Su característica, que ni en Goethe alcanza un carácter más definitivo, es la trasportación [sic] a los dominios plenamente científicos, de todos los motivos hasta entonces abandonados a la reflexión (en el sentido físico) de la sensibilidad. Una crítica meramente opinadora e impresionista con el sólo objeto de mostrar una dirección o una antipatía, o con el motivo menos lícito de ostentación de un dogmatismo social, religioso o político en Rousseau está fuera de lugar. Un examen sobre una obra que procura aparecer consciente de su papel y de su objeto, no puede aparecer menos motivado y las indagaciones sobre el carácter en que ha podido producirse, no pueden aparecer lícitas más que, como motivos plenamente justificados de una serena apreciación no prejujudada. [Se está refiriendo a la obra de Jules Lemaitre, Jean Jacques Rousseau, Paris, Calmann-Lévy, 1907].

* En realidad, el *Vicario Saboyano* es una mezcla del abate Gaime y el joven abate Gatier, tal como el mismo Rousseau indica en Confesiones, III.

profundo. Es que, en París, tras de un largo aprendizaje, pudo ya adquirir, contraponiéndola a la de los demás, la conciencia de su propio valor y, en su juventud combatida por todas las inquietudes, ¿qué actitud cabía que la de la interrogación? Una interrogación que no se formula y que pone, en todas las almas sinceramente jóvenes, un gesto de estupor y de curiosidad que no es sino el que les cuadra naturalmente. Goethe ha dado esta definición unívoca de la juventud: un tiempo en el que nuestra inquietud produce en nosotros y en los que nos rodean el sentimiento de nuestro propio descontento. Tanto es como decir que no ha arribado el tiempo de la propia conciencia y a Rousseau automáticamente [sic] le son aplicables estas palabras.

La oficiosidad del buen hombre prevaleció al fin y Rousseau entró en un seminario a estudiar para hacerse cura. Del seminario, en el que estuvo tres meses, no guarda otro grato recuerdo que el de la música, cuya devoción le absorbe por completo hasta abrigar la idea de hacerse músico. Mdme. de Warens tiene precisión de marchar a París y Rousseau se aleja también de su casa con un confesado deseo de encontrarla. Se hace pasar por músico y compositor cuando en verdad no conoce la música sino elementalmente y su propósito obtiene el más ruidoso de los fracasos. En sus correrías visita a Vevey y Clarens, patria de Mdme. de Warens, y allí, más tarde, coloca el escenario de la Nueva Eloisa. Líase después con un cura armenio, hasta que, dolido y sin recursos, trata de buscar apoyo en el embajador de Francia. Éste se lo concede en una franca hospitalidad. Al despedirse dice a Rousseau: La misma habitación que habéis ocupado ha sido anteriormente honrada por un hombre célebre de vuestro mismo apellido (Juan Bta. Rousseau); de vos sólo depende el que un día se diga a Rousseau primero, Rousseau segundo.

A pie parte para París, que le impresiona desagradablemente. Retorna a Saboya. Pero Mdme. de Warens no está ya en Annecy, sino en Chambéry donde la encuentra. Decídese por fin a ocupar seriamente su vida y es empleado en el catastro que trata de hacer el rey de Saboya, a esta casualidad debe el estudiar profundamente las matemáticas que ya no olvidará nunca. Pero todos sus deseos y el ardor personal que lleva al trabajo se malogran pronto en aquella ocupación ingrata en un local estrecho y sombrío y lo abandona para dar lecciones de música, esta vez, conociéndola como un profesor consumado, en su obstinación por aprenderla. Hay entonces un paréntesis encantador en su vida. Enseñar la música a jóvenes amables y lindas, pues Rousseau asegura que casi todas lo eran, constituía la más lisonjera satisfacción de sus deseos. Sus mismas inquietudes parecían haberle deparado una ocasión propicia, sin preocupaciones graves, para la libre manifestación de su espíritu. Mdme. de Warens, para preservarle de la seducción de algunas mujeres de cierta edad, se convierte ella misma en su iniciadora¹⁹ y poco después Rousseau decide a Mdme. de Warens a instalarse en el campo.

¹⁹ El pasaje en que Rousseau nos cuenta esta decisión de Mdme. de Warens que le concedía ocho días para obtener de él un asentimiento ya implícito, es una de las más penosas de las Confesiones: lo que se agrava al reconocer que Mdme. de Warens dispensaba ya sus complacencias a otro consentido, Claude Anet, con el que Rousseau habría de compartirlas. Hay algo en todo esto que soliviantaría de un modo inexplicable la conciencia del más apiadado de los devotos de Rousseau y que se comprende bien cuando éste nos dice «yo estaba como si hubiese cometido un incesto». Y sin embargo sería bastante fácil imputar a la fatalidad de las circunstancias en que Rousseau tuvo la desdicha de vivir la actitud extraña de esta y de muchas otras situaciones de su vida; pero Rousseau no se dolió, antes al

Los devotos de Rousseau haciendo la peregrinación a *Les Charmettes* creen encontrar en aquel rincón de la naturaleza la suscitación de aquellos tiempos de encanto que pasan por las páginas de las Confesiones con un prestigio idílico incomparable. La verdad es muy otra, Rousseau encontró allí la reparación de su salud quebrantada y la ocasión propicia a la satisfacción de sus curiosidades intelectuales, su amor compartido por M^{de}. de Warens se nutrió y apaciguó allá, en Chambéry, en el medio mucho menos poético de una casa de necesidad [comprobar con texto de Conf. ¿?]. En verdad, son estos años que evocamos, los *Años de aprendizaje*, los años de reposo aquietado que siguen a sus sentimientos de inquietud y de esperanza afanosa; en *Les Charmettes* es donde se desarrolla su educación autodidacta, la revelación completa de un mundo hasta entonces solo presentado. Lee las cartas famosas de sobre Inglaterra de Voltaire, a Descartes y a Malebranche, a Fénelon, y se adoctrina en el pensamiento con aquella obstinación perseverante y concienzuda que forma uno de los rasgos más valientes de su carácter; estudia la Física, cultiva la Botánica y procura, con renovados esfuerzos, aprender el latín²⁰. Su inquietud religiosa, recrudescida por el estado quebrantado

contrario, de las condiciones en que le fue impuesto este amor, y en esto encontramos una convergencia en modo alguno ocasional en la manera de sentir el amor en aquella época y que ciertas predilecciones íntimas de Voltaire, el *ménage* de Diderot y, sobre todo, las Memorias de M^{de}. d'Épinay nos revelan suficientemente.

²⁰ El plan de estudios seguido por Rousseau, por la eficacia de su educación autodidacta, ofrecen siempre un gran interés. He aquí hasta donde se ha podido comprobar un esbozo de ellos.

Las *Lettres philosophiques* o *Lettres sur les Anglais*, de Voltaire, le sirven de introducción a la obra total de éste y aun le inician, según propia confesión, en los estudios trascendentales. De ciencias estudia los *Éléments de mathématiques* de Père Lamy; la *Aritmetica universalis* de Newton; las *Récréations mathématiques et physiques* de Ozanam. La astronomía no le es desconocida y en el libro II de las Confesiones encontramos una relación graciosa del espanto que produjo a las buenas gentes de Anney el haberle visto con un largo anteojo estudiar las constelaciones a media noche. En la colección de sus obras completas encontramos un *Tratado sobre la esfera* que, aunque de intención didáctica, no carece de interés. En la Física hace menos progresos porque para esta ciencia necesitaba de medios de que carecía. La Medicina le es desde luego de una gran repugnancia y la abandona seguidamente al intentar estudiarla, sin embargo por la Botánica adquiere cada día un interés más vivo.

Los estudios literarios abarcan toda la literatura francesa desde su contemporáneo Voltaire hasta la segunda mitad del siglo XVI con Montaigne y Amyot [*Jacques Amyot, 1513-1593, tradujo Las vidas paralelas de Plutarco en 1559, que tuvo una gran difusión en su tiempo e incidió en la conformación de la mentalidad renacentista al revivir los grandes modelos humanos de la antigüedad clásica como un ejemplo que podía seguirse en su tiempo. En 1579, salió a la luz, partiendo de esta versión francesa, la edición inglesa de Thomas North, cuyo influjo en Shakespeare fue decisivo, como es bien conocido*]. Rabelais y Marot [*Clement Marot, 1496-1544, tuvo una accidentada vida resultando siempre sospechoso de herejía, lo que le llevó al final de su vida a Saboya, falleciendo en Turín*] no le son tampoco desconocidos. Petrarca y sobre todo Metastasio [*Pietro Metastasio 1698-1782, es autor de importantes melodramas cuyos ideales de «arcaidismo» sedujeron a Rousseau*] a quien cita constantemente en *La Nueva Eloisa* le son familiares. Del Taso [sic] se conserva en sus obras la traducción del episodio *Olinde y Sophonie* [*Torcuato Tasso 1544-1595, empezó a concebir la Jerusalén libertada cuando tenía dieciséis años, con el poema Del Gerusalemme, pero la versión definitiva no saldría hasta 1581. El episodio de Olinde y Sofronía fue considerado poco coherente con el conjunto de la obra, y Tasso, que conservaba ciertos escrúpulos religiosos, suprimió esta parte del poema cuando publicó Jerusalén conquistada en 1593*]. El latín, tras de penosos esfuerzos, llega a aprenderlo bien; no así el griego, del que tiene que desistir por la imposibilidad de aprenderlo solo; con el inglés logra iniciarse un poco, como el italiano, que conoce luego a la perfección por su estancia en Venecia.

Del viejo pensamiento clásico, Plutarco y Platón merecen su predilección más devota. La Biblia la lee constantemente.

de su salud pone su alma en una ansiedad insostenible por el miedo a una condenación eterna, del más allá tenebroso, calmado por la sentimentalidad benévola, persuasiva y aleccionadora de Mdme. de Warens. Esta época es para Rousseau la más memorable de su vida, aquella de donde no hubiera querido salir y adonde hubiera querido retornar en todos los momentos posteriores de su existencia. No es, pues, extraño, que Rousseau en este momento de sus Confesiones, no haga historia y aun crea haber vivido en ella un tiempo mayor del que, en realidad, había transcurrido (Los recibos constatados del alquiler de *Les Charmettes*, signados por Mdme. de Warens, revelan que éste no comenzó hasta 1738, mientras que, en las Confesiones se le supone comenzar dos años antes).

Va a reponerse de una extraña enfermedad a Montpellier y, cuando regresa a casa de Mdme. de Warens, no puede encontrar ya en ella el alimento de aquella devoción suya por la conducta, no diferente, sin embargo, de Mdme. de Warens. Trata, entonces, como preceptor, de dar lecciones y hácese, a tal objeto, educador de los hijos del gran preboste de Lyon, M. de Mably; con este motivo traza el plan para el estudio de los hijos de Mably, que es el primer boceto del Emilio. No tarda en reconocer, a pesar de su devoción por la enseñanza, que no está facultado para darla y, nuevamente (y será la última), el deseo de volver a ver a Mdme. de Warens le hacen retornar a su casa. Pero los sentimientos que habían avivado aquel afecto, en mal hora rebasado, no le ofrecían ya el encanto fascinador e imperioso que, pudo en un momento hacerle excusable, y en el tumulto contradictorio de las pasiones de juventud, parece alcanzar Rousseau el presentimiento de una vida menos henchida de inquietudes humillantes. Quedaba todavía la pureza de aquella devoción por la mujer que supo acogerle, con un afecto fraterno, en horas de desamparo absoluto y los motivos inalterables de amistad y de reconocimiento y cuando Rousseau parte para París, repleto de entusiasmo de gloria y de celebridad, lo hace con el confesado deseo de recompensar en Mdme. de Warens aquella protección generosa dispensada para él pródigamente: Y a París llega con 15 luíses en el bolsillo, la comedia *Narciso*, y un tratado de «Nueva anotación musical».

José Mingarro

La ciencia filosófico-teológica alcanza sobre él una considerable influencia. Según propia confesión, los *Entretiens sur le vacances*, de Père Bernard Lamy, le mereció una alta consideración. Bossuet y los grandes oradores franceses le eran ya conocidos. Cfr. Ritter, *obra cit.*, cap. XII.